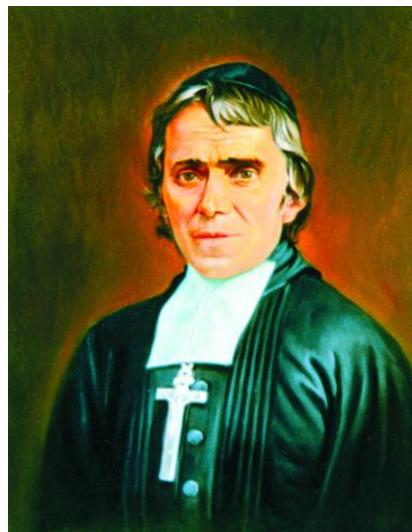


VENERABLE HERMANO POLICARPO

1. BIOGRAFÍA

Jean-Hippolyte Gondre nació el 21 de agosto de 1801 en La Motte-en-Champsaur, no lejos de La Salette, un pueblo, entonces, de 450 habitantes. más o menos, situado a 1100 metros de altura. Es una zona áspera que vive exclusivamente de la agricultura de montaña (cereales y ganado). Su familia es famosa por su piedad: su padre tiene por alias "Piatou", Jean el piadoso. Su madre muere cuando él tenía tres años. Sus dos hermanas y su hermano mueren jóvenes. El padre se vuelve a casar en dos ocasiones más. La segunda mujer le dio un hijo, José, hermano de padre de Hippolyte.



Como los demás niños de su zona, guarda las ovejas durante el buen tiempo. Se cuenta que aprovechaba las largas jornadas para rezar, animar a rezar a sus compañeros, construir y adornar pequeños altares a María e, incluso, a componer canciones sobre melodías conocidas. Durante los meses de invierno, iba a la escuela, pues, cosa rara en aquellos tiempos, La Motte se sufragaba los servicios de un maestro.

Después, cambia los corderos por el trabajo del campo, pero él se siente llamado al sacerdocio. Sin embargo, dada la pobreza de su padre, incapaz de pagar estudios largos a sus hijos, el párroco le disuade de seguir este camino.

Esto no impide a Hippolyte emprender, sabe Dios con qué ayuda, durante las largas tardes de invierno, estudios que le llevan al primer grado del Certificado de Capacidad. Hizo aquí, convertido en maestro. Conviene subrayar lo excepcional de este tipo de orientación en el medio rural de la época. Contratado en La Motte mismo, será su maestro hasta 1827.

Pero la educación de los jóvenes no le es bastante. Se siente llamado a la vida religiosa. Un joven de una aldea próxima, a sólo 2 Km. y medio, acababa de entrar en nuestro Instituto no sabemos cómo. Por su medio, Hippolyte escribe al Padre François, Superior, que le acepta encantado. Va pues al "Pieux-Secours" en junio de 1827, y el 16 de septiembre del mismo año, toma el hábito: Hizo convertido en Hno. Policarpo.

Aun siendo novicio como es, se le nombra maestro en el "Pieux-Secours" y, en otoño de 1828, siendo igualmente novicio, maestro de novicios en Lyon. Con este primer grupo, introduce el método de oración de San Ignacio, que siempre ha sido importante entre nosotros. Podemos suponer, pues, que tuvo antes algún verdadero maestro espiritual. Pero no hay datos al respecto.

En 1829 se le admite a la profesión que para él será, de entrada, perpetua. Señal bastante clara de la confianza que se tenía en él. En 1830, cuando el Padre François cierra el noviciado de Lyon por miedo a agitaciones revolucionarias, se la envía a Vals, cerca de Le Puy, como director de una escuela que se funda. El Hno. Policarpo cuenta entre sus internos

con algunos alumnos atraídos por la vida religiosa y los forma. Cuando en 1836 el Hno. Javier reabre el noviciado en Vals, se le encarga al Hno. Policarpo. Al año siguiente alcanzará su Certificado de Capacidad de segundo grado.

En 1838, el noviciado es definitivamente trasladado a Paradis que acaba de construirse. Se lleva allí también el internado de Vals: el Hno. Policarpo es maestro del uno y director del otro. Ya nunca dejará la casa.

En el capítulo de 1840, es nombrado (y no elegido: recordemos el cambio de "estatutos" efectuado autoritariamente por el Padre François Coindre) primer Asistente general. El capítulo de 1841 acepta la dimisión del Padre François Coindre, decide aceptar la voluntad del fundador:

"Hemos decidido por unanimidad, que elegiremos a uno de nuestros hermanos para tener no sólo un maestro que nos guíe, sino también un modelo que nos enseñe el camino por sí mismo siendo el primero en la práctica de nuestras santas reglas y constituciones" (Actas del Capítulo general, 13 de septiembre de 1841). Este modelo será el Hno. Policarpo elegido por unanimidad, exceptuado su voto. Pero dice el informe: *"Como estábamos en una especie de incertidumbre sobre el rumbo que tomaban nuestros asuntos hemos convenido por unanimidad, sin prejuicio del artículo de los "estatutos"* (que preveía elección de por vida), *que el nuevo superior sería elegido sólo por cinco años."*

Cuando es elegido el Hno. Policarpo tiene cuarenta años. Era un hombre de estatura media, con facciones un tanto rudas, pero siempre sereno y sonriente. A causa de su salud frágil, estuvo a las puertas de la muerte en varias ocasiones: una neumonía en 1843, tifus en 1847 y otra enfermedad grave en 1857. Por esto tiene que dejar a sus asistentes las visitas a las comunidades a partir de los años 50.

En lo moral, es un hombre bueno y modesto, de una paz interior inalterable. Sin embargo, no le faltaron ocasiones para caer en la tristeza o el desaliento. Una de ellas viene, paradójicamente, del Padre Arnaudon, capellán de Paradis, que había obtenido la dimisión del Padre François Coindre. El Padre Arnaudon se figuraba que los hermanos no podrían gobernarse solos por lo que necesitarían de su dirección. Se impuso, pues, sin ceremonia, abriendo la correspondencia del Superior y respondiéndola, asistiendo a los consejos y decidiendo aperturas y clausuras, interviniendo en las obediencias y en la dirección del noviciado. Las cosas llegaron a tal punto que en Paradis se recibían cartas dirigidas a "Monseñor Arnaudon, superior de los Hermanos" o "superior de noviciado", etc.

El Hno. Policarpo informó al obispo de Puy en varias ocasiones de las injerencias injustificables del sacerdote. Pero éste tenía al obispo de su parte, de tal manera que el Hno. Policarpo tuvo que soportar la intolerable tutela hasta que en 1849, ocupó el cargo otro obispo.

En 1846 el Capítulo general eligió al Hno. Policarpo superior general vitalicio. El pobre trató de rehusar su mandato dos veces. Sin embargo obtuvo la unanimidad, menos su voto; pero a la tercera vez, el primer Asistente le intimidó con una posible orden del Capítulo para que aceptara en nombre del voto de obediencia. Entonces el Hno. Policarpo se sometió. Continuará su tarea para el bien el Instituto hasta 1859. En esta fecha el Instituto tendrá más de 400 hermanos y novicios y 75 aspirantes, en 97 comunidades. Dispone de Reglas y Estatutos coherentes, está presente en Estados Unidos y en ocho departamentos franceses

entre los cuales “la pequeña América”, es decir, las fundaciones agrupadas al pie de los Pirineos.

La muerte del Hno. Policarpo fue rápida. Cayó en cama el 27 de diciembre de 1858 y parecía en franca curación cuando, el 9 de enero, empeoró bruscamente. Murió en pocas horas. Fue una sorpresa y consternación para los hermanos. Al enterarse, muchos rompieron en sollozos: *“estamos huérfanos del más tierno de los padres”* escribía el mismo día el Hno. Adrien en su circular. Los hermanos estaban también convencidos de haber vivido con un santo que, desde el cielo, seguiría trabajando por el Instituto. Eran conscientes de que le debían la continuidad y el desarrollo de la Congregación. Por ello los capitulares declaran poco después que *“...consideran al Hno. Policarpo como segundo fundador de la Congregación, lo veneran como santo religioso...”*

¿Cómo justificar tal título? Lo veremos desarrollando los diversos aspectos de la actividad del santo Hermano.

2. EL LEGISLADOR

Hasta 1841, los Hermanos sólo tenían como guía las sucintas reglas del Padre Fundador, que quería desarrollar cuando la muerte lo detuvo. Estas reglas manuscritas habían sido copiadas y recopiladas y las ampliaciones hechas no siempre se habían transcrita. En una palabra, había desorden. Para acabar de desordenarlo todo, parece que el Padre François impuso algunos textos propios.

En 1842, el Hno. Policarpo emprende una obra coherente con nuestras Reglas. Pide colaboración a los hermanos, consistente sobre todo en la recogida de los todos textos procedentes del Padre André, publicados o privados. Con estos documentos pone a punto, en 1844, una primera redacción de las Reglas que somete a la aprobación de los obispos de las diócesis en que estaban nuestros hermanos. Asegurado por su aprobación, las reproduce y las envía a todos los hermanos para que las examinen y las pongan en práctica *“ad experimentum”*.

Estas Reglas se referían a los principios jurídicos de nuestra vida religiosa, de la vida comunitaria, de los deberes de los Hermanos en las obras. Continuando la obra del Fundador, se inspiraba - en el más amplio sentido de la palabra - en las Constituciones de los Jesuitas en lo referente a la vida espiritual, y en las de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en lo referente a la conducta en las obras. El Hno. Stanislas piensa que, si se quisiera hacer una estimación porcentual, podría ser esta: 30% de los textos se inspiran en los Jesuitas, el 40% en los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el 30% restante en los textos del Padre André. Su decisión fue guiada por la experiencia de más de 20 años de una forma de vida religiosa modelada por las circunstancias. El Capítulo de 1846 aprobó estas Reglas sin modificarlas a penas.

Estas primeras Reglas del Hno. Policarpo, nos asombran por su austeridad. Los Hermanos son considerados monjes más bien que religiosos en acción apostólica. Caricaturizando un poco se podría decir que el ideal de los Hermanos lo expresaba la fórmula: *“Todos juntos, al mismo tiempo, en el mismo sitio, de la misma manera, en la misma actividad.”* Es una constante en las Congregaciones “apostólicas”, centradas en las instituciones, no dar con una fórmula adecuada e inclinarse siempre más hacia la vida “monástica” aun cuando se constataba su inadecuación.

Un ejemplo de esta austeridad nos lo da el reglamento diario. Las Reglas del Hno. Policarpo daban a los Hermanos siete horas de sueño en verano, siete y media en invierno. Se tenía hora y media de recreo en común, si no había internos, lecturas a lo largo de toda y todas las comidas más tres horas de ejercicios de piedad - como les llamaba - sin contar la misa y las conversaciones espirituales que era obligatorio tener durante los recreos de una media hora. Este programa durante once meses al año. El mes de vacaciones incluía el retiro en absoluto silencio.

Se podría citar también lo estricto de la clausura, lo escaso de las relaciones con la familia, la obligación de estudiar, de preparar la clase, etc., en una sala común, el dormitorio corrido...

En el Capítulo de 1856, después de 10 años de experiencia, está claro para todos que estas Reglas son inaplicables: o se descuidan o se descuida el trabajo profesional, son físicamente inaplicables. Los capitulares, a propuesta del mismo Hermano Policarpo que se había dado cuenta de la situación, aligeran claramente el programa diario: el tiempo de oración se deja en dos horas y media, la lectura en las comidas se limita a una parte del tiempo y sólo en las dos comidas importantes: se suprimen las conversaciones espirituales de los recreos.

Paralelamente a estas Reglas, el Hno. Policarpo modifica los Estatutos del Instituto, partiendo de los del Padre Fundador, que el Padre François había modificado a su vez en 1840, recordemos, para poder asegurarse el poder de decisión sobre el Consejo General. En 1856, se realiza una nueva puesta a punto bastante radical. Se refiere a la división del Instituto en provincias, la elección y mandato de los miembros del Consejo General, el tipo de obras del Instituto. Estos Estatutos eran sobre todo, para el exterior: autoridades civiles y religiosas, aspirantes y eran muy breves. Nos faltaban unas verdaderas Constituciones.

Fue también el Hno. Policarpo quien puso manos a la obra. Preparó un plan general y redactó algo más de la mitad de los artículos. Presentado al Capítulo de 1856, el trabajo fue aprobado en principio. Se acuerda que el Hno. Superior y los Asistentes preparen un bloque completo para el año siguiente. Despues, las ocupaciones de los Asistentes por una parte y la muerte del Hno. Policarpo por otra, retasan hasta el año 1874, o sea veinticinco años después, la redacción definitiva de las Constituciones.

3. EL SUPERIOR

El Hno. Policarpo dejó en todos los Hermanos el recuerdo de un superior excepcional. Esta opinión debe mucho al cuidado que Hno. Policarpo dedicó a la formación, a las numerosas fundaciones y, sobre todo, a su manera de dirigir a los Hermanos.

A) LA FORMACIÓN

El Hno. Policarpo cuidó mucho de la formación de los novicios. El noviciado era de dos años, uno en la casa de formación y otro en la comunidad de un colegio. Hubo excepciones.

Algunos postulantes entraban ya titulados e incluso con una buena formación religiosa, como el Hno. Adrien, futuro Superior General: era inconcebible unirlo a jóvenes de

menos de veinte años que tenían todo por aprender, empezando por saber vivir. Los aspirantes ya formados estaban poco en la casa del noviciado y recibían una formación aparte que continuaban en la comunidad de la escuela.

De 1841 a 1850, tuvimos una media de 18 novicios por año, de 1850 a 1860 de 53 novicios por año (71 en el 53). Por ello, en 1852, el Hno. Policarpo abrió un segundo noviciado en Marvéjols. Se proyecta incluso fundar un tercero en Corrèze, este proyecto no se llevó a cabo.

El Hno. Policarpo instituyó en 1853, junto con el noviciado, el escolasticado que llamaba "Escuela Normal": se trataba de un año que transcurría en la misma casa del noviciado y se dedicaba a prolongar la formación anterior. Resumiendo, los dos años del noviciado transcurrían en el mismo sitio.

El Superior procuraba nombrar para formador de novicios y escolásticos Hermanos cultos y fervorosos. A veces él mismo se entrevistaba con los jóvenes en formación y les daba conferencias.

Igualmente animaba siempre a los Hermanos a continuar los estudios. Él, lo hemos visto ya, había obtenido en 1837 un diploma superior para la educación primaria. Quería que los hermanos tuvieran diplomas de enseñanza, aun cuando no se exigieran todavía (recordemos que únicamente el director de la escuela debía tener el Certificado de Capacidad). Destinó a Lyon a Hermanos brillantes que seguían cursos en las escuelas superiores de la ciudad y llevaba a Paradis un profesor de matemáticas. En efecto, la extensión del Instituto no se podía limitar al número de Hermanos, había que asegurar su competencia en todos los aspectos.

B) LAS FUNDACIONES

En esta época, los Hermanos que estaban en las escuelas, estaban sobrecargados. Había escuelas con 200 e incluso 300 alumnos (Subersac, Egletons) mantenidas por tres Hermanos. Un Hermano joven que empezaba a los 18 años podía encontrarse al frente de una clase de 80 o 100 alumnos, ocuparse de la cocina y vigilar a los internos. Sin duda se era menos exigente en el aprendizaje y los alumnos serían más dóciles que los de hoy.

El Hno. Policarpo, gracias a las numerosas promociones, se esforzó por poner al menos cuatro Hermanos en cada escuela y lo logró en casi todas. En 1841, el Instituto tenía 21 casas. El Hno. Policarpo fundó 83 más (77 en Francia y 6 en América) y cerró 7. Así en 1859, contábamos con 97 casas. Cada año se abrían nuevas comunidades; el año 1857 fueron diez fundaciones. A parte de EE.UU. y los Bajos Pirineos, la mayor parte se situaba en un radio de 150 Km. en torno a Paradis en seis departamentos. Un Hermano visitador, podía ir de una casa a otra en una jornada a pie. En 1846, Monseñor Portier (que también murió en 1859) de la diócesis de Lyon, donde había conocido a los Hermanos, obispo de Mobile (Luisiana) desde 1826, envió a su vicario a Lyon para pedir Hermanos que se ocuparan del orfelinato de la ciudad. El Hno. Xavier le dijo que escribiera al Hno. Policarpo quien, con el visto bueno del Consejo, General, se apresuró a concederlo. Diez días después, en la fiesta del Sagrado Corazón, envía una circular a todos los Hermanos pidiéndoles que se ofrecieran: "*¿Estáis dispuestos a partir a un país lejano?, ¿os creéis capaces de sacrificar patria, amigos, parientes, bienes, para ir lejos a descubrir los tesoros del Corazón de Jesús y hacer germinar nuestro Instituto en los Estados Unidos de América?. ¿Tenéis además la suficiente facilidad*

para aprender una lengua nueva?, ¿la salud que semejante viaje necesita? ¿podrán resistirlo vuestra entrega y vuestro empuje? En ese caso, dadnos vuestro nombre cuanto antes..."

Él mismo se colocó a la cabeza de la lista, pues su plazo de cinco años terminaba en septiembre del mismo año (de hecho será reelegido Superior vitalicio en ese momento). El Superior será el Hno. Alphonse, tiene 33 años, le acompañan otros dos hermanos enseñantes, de 31 y 24 años, un Hermano vigilante de 26 años y un Hermano sastre de 34. El 23 de septiembre dejaron Paradis. La fundación de nuestra primera misión exigió 106 días. Los Hermanos necesitarán 111 para alcanzar Mobile el 11 de enero de 1847 (de ellos 77 en el mar).

Se había convenido que nuestros hermanos estudiarían la lengua hasta el verano y después se harían cargo del orfelinato. Pero a los ocho días de su llegada, pataleando de impaciencia, decidieron empezar inmediatamente. Se alquila una casa y se instalan los 18 primeros huérfanos. Henos en América.

Enseguida se presentaron dos Irlandeses como aspirantes, los Hermanos William y Patrick, pero se necesitará mucho más tiempo para que las vocaciones sean numerosas. El Hno. Stanislas atribuye esta dificultad al hecho de que el Hno. Policarpo envió constantemente a los Estados Unidos refuerzos con Hermanos franceses, y nuestros misioneros se apoyaron en este recurso demasiado fácil, sin buscar rápidamente su autonomía. Por otra parte, este gran número de Hermanos que continuaban hablando francés entre ellos, no les ayudó a incorporarse a la población aprendiendo seriamente la lengua.

C) EL GOBIERNO

En el momento en que el Instituto es confiado al Hno. Policarpo, se encuentra en situación precaria: ya hemos dicho bastantes cosas: pocos Hermanos, poca formación, trabajo profesional abrumador, y sobre todo una especie de abandono en lo espiritual. Durante muchos años, las consignas se habían reducido al ahorro para poder hacer frente a los enormes gastos generados por proyectos incoherentes.

El Hno. Policarpo comprende que lo primero que hay que hacer es **sanear las finanzas**. Gracias a una gestión inteligente y al aumento del salario de los Hermanos, el problema pasa pronto a segundo plano. Las deudas de Lyon se regulan rápidamente. En 1854 se puede incluso comprar la propiedad vecina, indispensable para el desarrollo del internado. 1854 se agrandan los edificios.

En Paradis, las construcciones aumentan en varias etapas, desde 1842 a 1853. En 1854 se construye la escuela de Marvèjols que será noviciado e, incluso, el escolasticado por poco tiempo. También puede comprar y construir en Estados Unidos.

Sin embargo nuestros Hermanos no llevan un gran tren de vida, al contrario, su vida frugal permite beneficios que ayudan a las casas de formación y a la constante expansión.

Otra fuente de seguridad la proporciona haber obtenido en 1851, del Ministerio de la Instrucción pública, la ampliación a toda Francia del reconocimiento legal que ya se tenía para Ardèche y Haute-Loire.

En el plano de la vida religiosa, una de las mayores actividades del Hno. Policarpo fue **la visita a las casas**. Respondiendo al obispo de Bayona que le pide Hermanos escribe en 1854: “*Pido perdón a vuestra reverencia por no haberle respondido antes. Durante el verano, me veo obligado a ausentarme de la casa madre muy a menudo, para visitar nuestros establecimientos. Hasta ahora, hemos procurado en la medida de lo posible, agrupar las escuelas dirigidas por nuestros Hermanos y nuestros 75 establecimientos, se encuentran diseminados en radios que no distan de los principales centros más de 5 ó 6 leguas. Así los cambios y los viajes son menos costosos: es más fácil visitar o enviar a visitar varias veces al año cada casa respectiva, lo que contribuye no poco al mantenimiento de la disciplina, a salvaguardar todos los intereses y a conservar el espíritu de familia entre los miembros de la asociación*”. Este párrafo me parece notable porque confirma que el superior visitaba o enviaba a visitar las comunidades a menudo, y sobre todo que era para él un medio capital de animación en el Instituto (vigilar la disciplina religiosa = observancia de la Regla; velar por los intereses condiciones de vida y trabajo; mantener el espíritu de familia.)

Durante años, visitó todas las casas por sí mismo, viajando a pie frecuentemente, a veces en diligencia o con un pequeño coche de caballo conducido por un hermano. Como instructor de formación, visitaba las clases, ponía exámenes que mandaba corregir en Paradis, publicando a continuación el palmarés, y daba consejos a los maestros desanimados, sobre disciplina y pedagogía.

Era tan benévolos que su llegada era una fiesta, atento con cada hermano, se preocupaba de su salud, de su éxito profesional, de sus progresos religiosos.

A partir de 1850, tiene que dejar poco a poco a los asistentes la tarea de visitar las comunidades. Para ayudarles prepara el documento “Las Reglas de los Visitadores”, aprobado por el Capítulo de 1856. A la vuelta, los Asistentes debían presentarle un informe detallado... Le habría gustado mucho poder visitar a nuestros Hermanos de América, pero el médico se lo desaconsejó. Ni siquiera pudo ir a la “petite Amérique”.

Otro medio de animación importante a los ojos del Hno. Policarpo eran los **retiros anuales**. Consideraba este tiempo como un periodo de profundización religiosa, de discernimiento, de evaluación y puesta a punto en plano colectivo e individual. Se entrevistaba personalmente con cada uno de los ejercitantes y daba conferencias muy apreciadas.

Presidió de esta manera todos los retiros de Paradis (17), cinco de los siete de Lyon y seis de los nueve de Marvèjols. Quienes hayan organizado o animado retiros pueden imaginarse el enorme trabajo realizado, sobre todo si se piensa que, al final, eran 400 Hermanos los que dirigía.

El Hno. Policarpo ha dejado también numerosa **correspondencia**, formada por cartas oficiales, circulares, y cartas personales. Las cartas oficiales las redactaba sobre todo el Hno. Adrien, secretario del Hno. Policarpo desde 1845. Pero la inspiración era del Superior. Se encuentra en ellas una exquisita cortesía y una gran deferencia para con el clero, lo que siempre ha sido una característica de nuestro Instituto.

El Hno. Stanislas estima en 80 las circulares escritas por el Hno. Policarpo. Conservamos una veintena, la mayor parte esencialmente administrativas. Sin embargo hay dos que tratan temas religiosos: la vida religiosa y la vida fraterna. Pero son sobre todo las cartas personales las que permiten conocerle como director espiritual. Por desgracia no

disponemos de todas ellas, al contrario, los destinatarios no las quisieron ceder dado su carácter íntimo. Felizmente, el Hno. Daniel, encargado por el Hno. Adrien de escribir la biografía del Hno. Policarpo, había recibido del Hno. Athanase, superior de las casas de América todas las cartas que los misioneros le enviaron. El paquete fue enviado con promesa de devolución, pero continúa en los archivos de la Casa General.

En estas cartas se ve al Hno. Policarpo felicitando, dando una reprimenda, aconsejando, insistiendo en la Regla, la oración, el amor al trabajo, el alejamiento del mundo y la unión fraterna, siempre con mucha sencillez, mucha suavidad y, a veces, un discreto humor; se podrían citar muchos ejemplos. Así: “*No se desanime nunca, incluso cuando sus esfuerzos parecen dar pocos resultados*” (al Hno. David, 26 de diciembre de 1856). “*Vamos, mi querido hermano, no se deje vencer por el desaliento. Consciente de su debilidad, desconfíe totalmente de sí mismo; pero que su confianza en Dios, sea ilimitada*”. “*Sea siempre animoso; tenga confianza: se es muy fuerte cuando nos sostiene la protección divina*.” “*Nunca se deje abatir, incluso si alguna vez cae*”, etc.

He aquí cómo el Hno. Policarpo dirigía y animaba a los Hermanos. Se ve muy bien cómo concebía su tarea: lo lejos que estaba del administrador frío y despegado que gobierna una sociedad y la hace funcionar. En él hay una implicación personal y profunda de toda la persona a costa de su tranquilidad y sosiego. Es un contacto personal con cada hermano a pesar de su número impresionante. Sigue siendo para nosotros el modelo de superior, que inspiró e inspira aún hoy - creo yo - a muchos de nuestros Hermanos encargados del servicio de autoridad.

4. EL HNO. POLICARPO Y EL CARISMA DEL INSTITUTO

Nos queda preguntarnos -tal es, en el fondo, nuestro verdadero empeño- cómo se comportó el Hno. Policarpo respecto al carisma de la fundación. Nuestro segundo fundador ¿no habrá fundado un segundo Instituto sin demasiado que ver con el primero? Os tranquilizo rápidamente: el Hno. Policarpo prosiguió en verdad la obra del Padre Coindre, con fidelidad total, escrupulosa y dinámica. Ciertamente el Instituto se desarrolló desde todos los puntos de vista: legislación, gobierno, obras, espiritualidad, pero nuestro primer Hno. Superior obró en todo conforme al espíritu del Fundador. Querría mostrarlo rápidamente abordando su referencia explícita al Padre Andrés, el mantenimiento y el desarrollo de la misión primera, la espiritualidad del Instituto, finalmente el espíritu fraternal en la comunidad.

A) SU REFERENCIA EXPLÍCITA AL FUNDADOR

Aparece en primer lugar con ocasión de la redacción de las Reglas: “*Las Reglas y los Estatutos de nuestra Congregación, deben basarse y construirse según la experiencia. He aquí porqué empezó poniendo a los Hermanos al trabajo, esperando redactar las Constituciones después; pero la muerte prematura no se lo permitió. Este hombre, tan eminentemente recomendable, está encantado con sus hijos hasta la ternura; perdieron en él su principal apoyo; la enormidad de su pérdida sólo se ha podido medir después. Es urgente que la Congregación se organice definitivamente de acuerdo con el Fundador, debe ser ella misma la que determine el modo de gobernarse, según la experiencia ya adquirida...*

” ¿Se puede hablar con más veneración del Fundador y situarse con mayor fidelidad en su surco?

Al acoger a los capitulares encargados examinar las Reglas que había preparado, evoca de nuevo al Padre André Coindre: “*Nuestra reunión era tanto más urgente y necesaria en cuanto que nuestro venerable Fundador vivió poco con nosotros. Él escribía desde Blois, en febrero de 1826, que no podía ocuparse de las Reglas porque estaba ahogado de trabajo, y añadía que las Reglas y las Leyes sólo son perfectas cuando la experiencia nos ha dado a conocer qué hacer y qué evitar: que se haga algo provisional y algún día nos ocuparemos de lo demás.*”

Desde este espíritu de fidelidad pide a todos los Hermanos que le envíen los escritos del Padre Coindre que tengan: “*para cumplir fielmente -fijémonos en la palabra- una tarea tan difícil (como la redacción de las Reglas), necesitamos que colaboréis y lo haréis enviándonos todos los documentos que os hubiera podido remitir nuestro venerable Fundador o que, sin haberlos sido remitidos por él, os hubieran llegado por una tradición fiel* (por segunda vez esta palabra).

En la mayor parte de los manuscritos de nuestras santas Reglas, tenemos un capítulo sobre las condiciones de la obediencia que se ha tomado entero de otros autores, aunque sabemos que nuestro piadoso fundador nos dejó un pequeño tratado sobre la obediencia propio de nuestro Instituto.

También tenemos, en el librito impreso para nuestro uso, un formulario de directorio que no es el redactado por nuestro buen Padre: y sin embargo ponemos un escrupuloso empeño en conservar incluso los menores trabajos que su celo le impulsó a acometer para nosotros y para todos los que en el porvenir serán sus hijos (esta última proposición es notoria por el convencimiento de la misión de nuestro Instituto en el tiempo).

Remítannos lo antes posible, las cartas escritas por su mano, dictadas por su celo, las copias de las cosas escritas por su piedad (...). (Circular de enero de 1843).

En la circular preparatoria al capítulo de 1856, cuando ya se empezaban a notar algunos abusos o laxismo en algunas comunidades, el Hno. Policarpo invita a los hermanos a señalar “*los abusos que tienden a introducirse entre nosotros, los diversos puntos en que generalmente haya relajación y por fin, los remedios que parecerían propios para conservar la prosperidad de una congregación que desea alcanzar la meta de su piadoso Fundador.*”

Cómo no ver, finalmente, un eco de la famosa meditación del Padre Andrés para las religiosas de Jesús-María: “*Sólo quiero figurar cuando figure mi esposo; sólo quiero gloria con Él: Mientras Él se esconda, me esconderé con Él; mientras sea humillado, quiero serlo con Él.*”, o de su petición de morir en la humillación, en esta oración del Hno. Policarpo: “*Con el auxilio de vuestra gracia, oh mi divino Salvador, quiero tender a la abnegación de mi mismo, esforzándome en preferir siempre los sufrimientos a los placeres de la vida, la pobreza a las riquezas, la humillación y los desprecios a los honores y reputación...*”

B) SU FIDELIDAD A LA MISIÓN

El primer artículo de los Estatutos de 1846, formulado por el Hno. Policarpo, retoma los objetivos misioneros del Padre Coindre: “*El Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana (Era entonces el nombre oficial ante la administración civil) de los Sagrados Corazones de Jesús y de María se compondrá de personas de buena voluntad dispuestos a dedicarse a la educación cristiana de la juventud, en las ciudades o campos en que se nos*

permite dirigir escuelas primarias”. Y, poco más adelante: “*Aunque el Instituto se dedique especialmente a la educación primaria, se encargará igualmente de la dirección de establecimientos de utilidad pública, como providencias, orfanatos, escuelas para sordomudos*”. (Hno. Stanislas, Superiores generales 1821 - 1859, P. 196). Vemos pues que es erróneo pretender que el Instituto, a partir de la muerte del Padre Fundador, se haya especializado sólo en el medio escolar. El “Pieux-Secours” no fue una excepción. Al contrario, es una tradición entre nosotros, desde siempre, atender a los jóvenes pobres, en diversos centros y hogares. Ya en 1842, el Instituto funda en Puy una escuela para sordomudos y debemos recordar que nuestra primera fundación en Estados Unidos fue el orfelinato de Mobile.

La misma fidelidad es la que induce al Hno. Policarpo a retomar la voluntad del Fundador: “*Mi obra no se limita a una diócesis!*”. Encontramos, efectivamente, en el artículo 2 de las reglas de 1843, elaboradas por el Superior: “*Es cosa conforme a su vocación el viajar a diversos países y establecerse en ellos, en cualquier región del mundo que sea, donde puedan esperar rendir a Dios mayores servicios y ser mas útiles a la salvación de sus hijos*”; y, en al artículo 11 de los estatutos de 1856: “*El Instituto no se limitará a una diócesis, ni siquiera a Francia, sino que se extenderá, con el permiso de los ordinarios, por doquier y en cualquier país del mundo*” (qué audacia y qué fe hay en tales palabras) *allí a donde la Providencia les llame...*” Este artículo no hace sino codificar la práctica constante del Hno. Policarpo que extendió el Instituto en varias diócesis de Francia y fundó en Luisiana.

C) SU FIDELIDAD A LA ESPIRITUALIDAD SEÑALADA POR EL FUNDADOR

Se nota la misma fidelidad al carisma en el mantenimiento y desarrollo de la espiritualidad del Instituto. Hemos visto que A. Coindre, consagrando a sus Hermanos al Sagrado Corazón y recomendándoles contemplarlo y vivir de su amor, no dejó -sin embargo- muchos textos sobre tal espiritualidad. El Hno. Policarpo escribirá mucho más sobre este tema fundamental y dejará bellísimas páginas. No habríamos dicho gran cosa recordando el artículo dos de los estatutos que preparó: “*Los miembros de este Instituto tomarán el nombre de Hermanos de la Instrucción cristiana bajo el título de los sagrados corazones de Jesús y María a los que tendrán una particular devoción*”.

Más interesantes, en mi opinión, son los elementos que encontramos en la circular que anuncia la fundación en América. Por dos veces, vuelve sobre la espiritualidad de nuestra misión: “*¿Cuáles son los cinco miembros privilegiados de nuestra pequeña Congregación que el Señor se ha elegido para ir a dar a conocer su adorable corazón y glorificar su nombre allende el océano?...*” y añade: *¿Os creéis capaces de sacrificar patria, amigos, parientes, bienes, para ir a descubrir lejos de aquí los tesoros inagotables del Corazón de Jesús?*”

En la circular de noviembre de 1853, evoca nuestra “*Congregación que brota, por así decir, del Corazón adorable de Jesús, regada y fecundada por la sangre que mana de ese divino corazón...*” Son algo más que frases hechas o clichés que se encuentran a menudo. Las otras citas que siguen, muestran que el Hno. Policarpo tenía los ojos fijos en el Corazón Traspasado de Jesús, que era el centro de su vida espiritual y que lo concebía igualmente para todos sus Hermanos.

La siguiente cita, aunque el lenguaje haya envejecido un tanto, testimonia una profunda actitud mística, centrada en el Corazón de Jesús, que enlaza, más allá de Margarita

María, con Francisco de Asís y Santa Gertrudis: “*¡Si pudiera tener un corazón semejante al de Jesús...! Qué a gusto compartiría su bondad, su encanto, su dulzura y su humildad: tendría también el celo de quien se inmola por la gloria de Dios y se entrega para la salvación de las almas (...). Si no se me concede tal gracia, quiero al menos, establecer mi morada en él (...), dignaos permitirme aproximar mis labios a vuestro divino Corazón (...) ¿Me sería permitido, oh mi dulce Jesús, tomarlo como el lugar de mi reposo y no salir nunca más?*” (Propósitos de retiro).

Deseaba que su fervor por el Corazón de Jesús se contagiera a todos sus Hermanos. “*No olvidéis que sois todos Hermanos del Sagrado Corazón y, como tales, debéis arder en las mismas llamas que le consumen. Ahora bien el fuego que le devora es el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas: debe ser también este horno ardiente lo que deber arder en vuestros corazones...*” (Carta a los hermanos de América, 20 de agosto 1852).

“*¡Ojalá pudiera yo introducirlos en lo íntimo del Corazón adorable de Jesús y entrar en él, para ser quemado y consumido con vosotros por los ardores de la caridad divina...*” “*Pido al Sagrado Corazón que prenda una hoquera en el vuestro para consumirlo con fuego celestial.*” “*Pedid al salvador que os conceda un lugar en su Corazón sagrado, para que podáis establecer allí vuestra morada para siempre.*” (Extractos de diversas cartas).

Habremos notado la frecuente imagen del Corazón de Jesús como morada del Hermano: es una manera de expresar el refugio en Cristo al abrigo del mal y de las pruebas y, sobre todo, la identificación con el salvador en la Cruz, cuyo costado queda abierto, que acepta plenamente la voluntad del Padre, que perdona y que se entrega a sí mismo totalmente. Esta imagen, la hemos visto ya explícitamente en A. Coindre. La segunda imagen, la del fuego que simboliza la pasión del amor, se encontraba ya muy desarrollada en la consagración de Claudine Thévenet.

D) EL ESPÍRITU FRATERNO EN COMUNIDAD.

Nos queda ver cómo mantuvo y desarrolló el Hno. Policarpo, el espíritu del Fundador en lo concerniente a la forma de vida de los Hermanos, sus relaciones, las relaciones con la autoridad, en una palabra, el espíritu de comunidad.

En su circular del 8 de enero de 1843, escribe: “*Doy continuas gracias a Dios porque ha repartido entre vosotros con gran abundancia, el espíritu de vuestra vocación, que es un espíritu de fe viva, de firme confianza y de tierna caridad.*” Esta última expresión, “tierna caridad”, merece ser retenida; se sitúa en línea recta con el Padre Coindre. Añade: “*Que este espíritu de mansedumbre, de candor, de sencillez y de cordialidad, pueda extenderse a todos vuestros días, pasar al corazón de todos cuantos se nos unirán* (otra vez el segundo fundador apuesta por el futuro) *y perpetuarse de generación en generación.*”

Este espíritu se mantiene gracias a la elección de unas muy concretas reglas de discernimiento y de modo de vida. Como lo hizo muchas veces el Padre Coindre, el Hno. Policarpo continúa admitiendo aspirantes a oficios manuales, sin distinción de los demás. Un ejemplo de ello lo tenemos en el anuncio que hace al Hno. David de que pronto le enviará “*un ebanista que será también administrador*”, “*un panadero*”, “*un carretero que hará carros y herramientas agrícolas e, incluso, hermosos zuecos si tuvierais que llevarlos; un sastre, que también podría cardar la lana si fuera necesario, peinar el cáñamo e hilar, tal vez incluso tejer telas; además otro para cuidar ganado; finalmente, espero, dos agricultores de*

los cuales, uno además, buen viñador y el otro hortelano, floricultor y entendido en la plantación de árboles frutales." (7 de marzo 1853). Evidentemente, este envío masivo de hermanos de oficios manuales está destinado a la granja de Dubuque, pero se sabe que en todos los sitios había hermanos encargados de lo material y competentes en estas tareas. Esta tradición se conserva felizmente hasta nuestros días. Forma parte de nuestro carisma.

Fiel al Padre Coindre el Hno. Policarpo no acepta Hermanos que vivan solos fuera de una comunidad, cosa que no era extraña en aquel tiempo, ya hemos aludido a ello. En algunos institutos, algunos hermanos vivían solos con el párroco y se ocupaban del catecismo y de la sacristía. Así los Hermanos de Ploermel aceptaban fundar escuelas con uno o dos hermanos. Era una tradición que se remontaba al concilio de Trento y a San Carlos Borromeo.

Ni el Padre Coindre ni el Hno. Policarpo admitieron tal forma de vida: nunca disociaron la evangelización de la formación humana, ni, sobre todo, la vida religiosa de una vida comunitaria real. Ambos velaron para que ésta última se llevara a cabo en las mejores condiciones posibles. Así vemos al Hno. Policarpo amenazar con retirar a los Hermanos de la escuela de Dubuque si no se les construía una residencia aparte, porque, viviendo en el Arzobispado, se encontraban constantemente con huéspedes de paso en la casa.

Se sabe también, que exigía para sus hermanos un salario bastante elevado, cuando se podía pagar, pues sabía bien que la vida cotidiana de una comunidad se acomoda difícilmente al heroísmo continuo.

Muy en la tradición del Padre Coindre también, el modo como el Hno. Policarpo consulta la experiencia de los Hermanos, pide su opinión y confía en ellos. Así, cuando se trata de redactar las nuevas Reglas: "*Durante treinta años hemos debido adquirir cierta experiencia y debemos ver ya, aunque hayamos tenido que ir a tientas bastantes veces, el camino que hubiéramos tenido que seguir y el que deberá guiar nuestros pasos en adelante. La Congregación se podría haber organizado antes tal vez, pero creo que hasta ahora no tenía los elementos necesarios y ahora sí posee. Sin embargo vosotros juzgaréis para decidir si hay que improvisar aún o se pueden poner ya manos a la obra.*"

"Estoy persuadido y opino que debe hacerse en el Instituto un pacto fundamental que determine definitivamente la organización de la sociedad." Guardemos la feliz expresión "pacto fundamental", ¡Un pacto es un contrato entre personas! El Superior añade aún: "*Tenemos, pues, que construir los estatutos (...) y contribuir cada uno con buena voluntad, con nuestra pequeña luz de experiencia, para tener las Constituciones lo antes posible..." "He tomado la iniciativa espontáneamente en esta importante cuestión (...) Tened pues la amabilidad de decirme todo lo que penséis sobre las modificaciones que habría que hacer en cada uno de los artículos de estos estatutos".*

Tampoco podemos dejar de señalar lo mucho que el Hno. Policarpo insistía sobre la caridad fraterna: "*Persuadámonos de que la caridad fraterna tiene que ser el alma de nuestra Congregación; de que mientras esté animada por ella vivirá, prosperará; pero si, al revés, la caridad fraterna se debilitara o se extinguiera, la veríamos, débil y sin vida, consumirse como fuego de pajas*". He aquí otra idea más del Padre Coindre.

Finalmente, el Hno. Policarpo fue hijo del Padre Coindre en su manera de ser para con los Hermanos. Dice de sí mismo "*a quien el Señor ha colocado sobre vosotros para ser, no*

vuestro amo, sino vuestro padre, quien, en calidad de tal, os lleva en el corazón, como a hijos muy queridos" (circular sobre la caridad fraterna).

Todos los Hermanos que gozaron de su dirección, testimonianon todos que él era, en efecto, el padre querido, respetado a quien por nada del mundo se hubiera querido disgustar. Y, sin embargo, todos estaban a gusto con él, incluso sus parientes. Era de conversación amena: le gustaba tomar el pelo y aceptaba gustoso que se lo tomara. Era tan delicado que no soportaba haber molestado a alguien y trataba siempre de calmar a quien había herido. Se dice también que su bondad le traicionaba siempre ante un hermano que merecía alguna reprimenda: por eso prefería enviarlas por carta.

En Paradis, iba a menudo con los novicios, durante el recreo, y charlaba amistosamente con ellos dándoles noticias de las comunidades, de América o de los Pirineos. Cuando volvía de sus visitas, les contaba las maravillas de fe y de caridad que había visto entre los Hermanos, en conversaciones sencillas y amenas. Su amenidad era el encanto de sus cartas. De ello doy un solo ejemplo muy significativo, se trata de una carta al Hno. Jean Claude que dejó el puesto de enfermero en Paradis para ir a América: "*Me dice usted que está en mi habitación (en pensamiento) donde me acaba de prestar un servicio por el cual le doy las gracias. Sin embargo, si le veo por allí le despacho a bastonazos por habernos dejado sin enfermero y porque, desde que usted se fue, nuestra enfermería ha estado mal atendida. Por otra parte, tendría que alegrarme de ello, ya que, desde su partida, nadie se ha muerto, mientras que parecía que usted quería enterrarnos a todos. Finalmente, rece por ellos y sea también usted un santo; me conformaría con ello por toda compensación*".

5. CONCLUSIÓN

Dejémonos de citas. Se podrían dar muchas más. Pero creo que ahora estamos suficientemente convencidos de que nuestro segundo fundador está muy en la línea del primero, que recibió de AndréS Coindre, el carisma de la fundación con todos sus cohermanos, que lo conservó como el tesoro del Evangelio, que lo desarrolló, que sacó de él para sus contemporáneos y nosotros, cosas antiguas y siempre nuevas que nos dan vida.

Autor: Hno. René SANCTORUM (12/ 04/ 91)
Traducción: Hno. Leandro Remiro